Mi hijo, *rienha*, el que yo tengo por hijo. (Relacion de la primera á la tercera persona).

Mi tio, *rakenchaa*, *rak*... (Relacion de la tercera persona á la primera).

Mi sobrino, *rion8atenha*, *ri*... (Relacion de la primera á la tercera persona, como en el verbo precedente).

El verbo *querer* no tiene traduccion en iroqués, y se sustituye con *ikire*, *pensar*, de este modo:

Yo quiero ir allá.
Ikere etho iake.
Yo pienso ir allá.

Los verbos que expresan una cosa que no existe ya

MUJERES IROQUESAS

en el momento en que se habla, carecen de perfecto, conservando solamente un imperfecto, como *ronnhek-8e*, imperfecto, él ha vivido, él no vive ya. En esta regla: si *yo he amado* á alguno, y si yo le *amo aun*, me serviria por analogia del perfecto *kenon8ehon*. Si no le amo ya, me serviria del imperfecto *kenon8esk8e;* yo le *amaba*, pero yo *no le amo ya:* esto en cuanto á los tiempos.

Respecto á las personas, los verbos que expresan una cosa que se hace por fuerza carecen de primeras personas, y solo tienen una tercera relativa á las demás. Así, en yo estornudo, *te8akitsionh8a*, hay relacion de la tercera á la primera: esto *me estornuda* ó me hace estornudar.

Yo bostezo, *te8akskara8ata*, igual relacion de la tercera innoble á la primera *8ak*, esto me *abre la bo-*

ca. La segunda persona, *tu bostezas*, *tu estornudas*, será la relacion de la misma tercera persona innoble, á la segunda *tesatsionk8a*, *tesaskara8ata*, etc.

Para los términos del verbo ó régimen directo hay una variedad suficiente de modificaciones á los finales que las expresan inteligiblemente, modificaciones que están sometidas á reglas fijas.

Kninons, yo compro. *Kehninonse*, yo compro para alguno. *Kehninon* yo compro de alguno.—*Katennietha*, yo envio. *Kehnieta*, yo envio por alguno. *Keiatennietennis*, yo envio á alguno.

Por solo el exámen de estas lenguas, resulta, que pueblos llamados por nosotros *salvajes*, estaban muy adelantados en esa civilizacion que consiste en la combinacion de las ideas: verdad que se confirmará mas y mas por los detalles de su gobierno (1).

CAZA.

Inmediatamente que los ancianos han acordado la caza del castor ó del oso, un guerrero va de puerta en puerta por todas las aldeas, diciendo: «Los gefes van á partir; todos los que quieran seguirlos que se pinten de negro y ayunen, para conseguir del Espíritu los sueños que les manifiesten el sitio en que reposan este año los castores y los osos.

Al oir esta advertencia todos los guerreros se pintarrajean de hollin disuelto con manteca de oso, y empieza el ayuno de ocho noches, ayuno tan riguroso que no se debe tragar ni una gota de agua, cantando entretando incesantemente para hacer propicios los sueños.

Cumplido el ayuno, los guerreros se bañan, y des-

LA PESCA.

pues se sirve un gran festin, durante el cual cada indio cuenta los sueños que ha tenido; si la mayoria de estos determina un sitio para la caza, la reunion resuelve trasladarse á él definitivamente.

Ofrécese un sacrificio expiatorio á las almas de los osos muertos en las cazas anteriores, y se las conjura se muestran favorables á los nuevos cazadores, es decir, que se suplica á los osos muertos permitan se aniquile á los vivos. En estas solemnidades, cada guerrero canta sus antiguas hazañas contra las fieras.

Terminados los cánticos, emprenden la marcha completamente armados, y cuando llegan á la márgen de un rio, los guerreros se sientan de dos en dos en el fondo de las canoas, cada uno con un remo en la mano. A la señal dada por el gefe, las canoas se colocan en fila y la que marcha á la cabeza arrostra la violencia de las aguas, cuando se navega contra corriente. A estas expediciones se llevan traillas de perros, lazos, trampas y calzado á propósito para andar sobre la nieve.

Llegados al sitio determinado, se sacan las canoas á tierra y se rodean con una empalizada revestida de césped. El gefe divide la gente en cuadrillas, cada una de igual número de individuos, y despues de la distribucion de los cazadores, se procede á la del terreno donde se ha de cazar, construyendo cada cuadrilla una choza en el centro del lote que le ha tocado.

Apartada la nieve, se clavan en tierra unas estacas, y apoyando en ellas cortezas de abedul quedan formadas las paredes de la cabaña: otras cortezas inclinadas

(1) He tomado la mayor parte de las curiosas noticias que acabo de dar acerca de la lengua hurona, en una pequeña gramática iroquesa manuscrita que tuvo la bondad de enviarme M. Marcoux, misionero en San Luis, distrito de Montréal, en el Bajo-Canadá. Además, los jesuitas han dejado trabajos importantes acerca de las lenguas salvajes del Canadá. El P. Chaumont que pasó cincuenta años entre los hurones, ha compuesto una gramática de su lengua, y debemos tambien al P. Rasle, encerrado diez años en una aldea de Abenakis, preciosos documentos. Háse concluido un diccionario francés-iroqués, nuevo tesoro para los filólogos, y se posee tambien el manuscrito de un diccionario iroqués é inglés del cual se ha extraviado desgraciadamente el primer tomo que abrazaba desde la letra A hasta la L.

unas á otras, y elevándose sobre las primeras, forman el techo del edificio, saliendo el humo del hogar por un agujero practicado en el mismo. La nieve cubriendo, por la parte anterior los vacíos de la construccion, la sirve de revestimiento ó blanqueo. Una hoguera está encendida en el centro de la cabaña, y algunas pieles tapizan su suelo: los perros duermen al pié de sus amos, y lejos de sufrir el frio se ven sofocados, pues el humo lo invade todo, y los cazadores ya sentados, ya echados, procuran colocarse debajo de él. Para empezar la caza de el castor se espera por lo regular á que las nieves hayan caido, y que el viento del Nord-Este, serenando el cielo, produzca un frio seco, ocupando los dias anteriores en algunas cazas intermedias, tales como las de las nutrias, los zorros y las ratas almizcladas.

Las trampas usadas contra estos animales son, tablas mas ó menos gruesas y de mayor ó menor anchura. Practícase un agujero en la nieve, y una de las extremidades de las tablas está posada en tierra mientras la otra se eleva sostenida por tres pedazos de madera, ajustados de modo que parecen formar el número 4. El cebo se sujeta á una de las patas de esta cifra, y el animal que se quiere coger, introducido debajo de la tabla, tira hácia sí el cebo, y cayendo la trampa, queda prisionero.

El cebo difiere segun el animal á que se destina; al castor se presenta un trozo de madera de álamo; al zorro y al lobo un pedazo de carne; y á la rata almizclada nueces y frutos secos.

Las trampas para los lobos se colocan á la entrada de los sitios por donde acostumbra pasar, y á la desembocadura de los sitios llenos de malezas; para los zorros en la pendiente de las colinas á alguna distancia de los sotos; para las ratas almizcladas en los montes tallares de fresnos; y para las nutrias en las hondonadas de las praderas y en las junqueras de los estanques.

Estas trampas se reconocen por la mañana, saliendo de la choza dos horas antes que luzca el dia.

Los cazadores, para andar por la nieve usan de un calzado especial, que tiene diez y ocho pulgadas de largo por ocho de ancho, y es de forma oval por delante y terminado en punta por detrás; la curva de la elipse es de madera de abeto, doblada y endurecida al fuego. Las cuerdas transversales y longitudinales están hechas de correas de cuero de seis líneas en todos sentidos, reforzadas con mimbres verdes. La raqueta está sujeta al pié por tres abrazaderas; y sin estas máquinas ingeniosas, seria imposible dar un paso por aquellos climas, en invierno: esto no obstante al principio lastiman y fatigan, pues obligan á volver las rodillas hácia dentro y abrir las piernas.

Cuando se procede á reconocer y levantar los lazos ó trampas en los meses de noviembre y diciembre, generalmente se hace en medio de torbellinos de nieve, de granizo y de viento, ventiscas tan espesas y peligrosas que apenas se ve á medio pié de distancia. Los cazadores marchan en silencio; pero los perros dan fuertes ahullidos al sentir la presa, y se necesita toda la sagacidad del salvaje para encontrar las trampas y senderos enterrados bajo los carámbanos.

El cazador se detiene á un tiro de piedra de las trampas hasta que despunta el dia, y allí permanece en pié, inmóvil en medio de la tempestad, con la espalda vuelta al viento y los dedos metidos en la boca: de cada pelo de la piel que le cubre sale un hilo escarchado, y el mechon de cabellos que corona su cabeza, se convierte en un penacho de hielo.

Al primer rayo de la luz del dia, cuando se ven caidas las trampas, corren á dar fin de la bestia. Entonces un lobo ó un zorro, con los lomos medio espachurrados, enseña á los cazadores sus dientes blancos y su cola negra; pero los perros toman pronto por su cuenta al herido.

Barrida la nieve reciente, se levanta la máquina, y despues de poner un pasto fresco, se cuida de colocar el artificio á cubierto del aire. Las trampas algunas veces se hallan derribadas sin que la caza haya caido, y este accidente es efecto de la astucia de los zorros, que asaltan el cebo alargando la pata por un costado de la tabla, en lugar de colocarse bajo la trampa, y de este modo se apoderan sanos y salvos de la comida.

Si el primer resultado que han ofrecido los lazos satisface á los cazadores, estos vuelven triunfantes á su choza, y en este caso es increible el ruido que hacen: cuentan las capturas hechas al salir el sol, invocan los manitús, gritan sin entenderse, desvarian impresionados por su júbilo, y los perros les acompañan con su algazara. De este primer resultado se sacan los presagios mas favorables para el porvenir.

Así que han cesado las nevadas, y el sol brilla en aquella superficie endurecida, se dispone la caza del castor. Empiézase por dirigir al Gran-Castor una súplica solemne, presentándole una ofrenda de nicociana. Cada uno de los indios se arma de una maza para romper el hielo, y de una red para coger la presa; pero sea cual fuere el rigor del invierno, algunos estanques pequeños no se hielan nunca en el Alto-Canadá: fenómeno debido á la abundancia de las termas ó á la exposicion particular del suelo.

Estos depósitos de agua no congelable, están formados muchas veces por los mismos castores, como he dicho en el artículo de historia natural, y hé aquí cómo se destruye á estas pacíficas criaturas de Dios.

Prácticase un agujero bastante ancho en la calzada del estanque donde viven los castores, y pasando por él el agua, la maravillosa ciudad queda en seco. Los cazadores, colocados en pié sobre la calzada con una maza en la mano, y los perros á su espalda, ven aparecer las habitaciones á medida que las aguas van bajando: alarmado el pueblo anfibio de aquella filtracion rápida, y juzgando aunque sin conocer la causa, se ha abierto una brecha en la calzada, se ocupa inmediatamente en cerrarla. Todos nadan á porfía; los unos se adelantan para examinar la naturaleza del daño; los otros abordan á la ribera para buscar materiales, y otros por último se trasladan á las casas de campo para advertir del peligro á sus conciudadanos. En tan crítico momento los desgraciados son perseguidos por todas partes: en la calzada, la maza da dura muerte al obrero que se esfuerza en reparar la avería; el habitante refugiado en su casa campestre, no está seguro ya en ella, porque el cazador le echa á los ojos un puñado de polvo que le ciega, y los dogos le estrangulan. Los gritos de los vencedores hacen retemblar los bosques; el agua se agota, y entonces se da el asalto de la ciudad.

El modo de apoderarse de los castores en los víveres helados, es distinto: practicadas algunas aberturas en el hielo, los castores aprisionados bajo su bóveda de cristal se apresuran á salir á respirar á aquellas aberturas; pero á pesar de todo los castores descubririan la emboscada, que les oculta la médula del junco echada en el agua, si los cazadores no tuvieran la precaucion de cubrir con borra de caña todos los puntos en que se ha quebrado el hielo. Al aproximarse al respiradero, los descubre el remolino que forman, y el cazador metiendo el brazo en la salida, agarra al animal por la pata, y echándole sobre el hielo es rodeado de un círculo de asesinos, dogos y hombres. Atado inmediatamente á un árbol, un salvaje le desuella medio vivo para que su pelo vaya á cubrir, mas allá de los mares, la cabeza de un habitante de Londres ó París.

Terminada la expedicion contra los castores, los indios vuelven á la cabaña de la cacería cantando himnos al Gran-Castor, al ruido del tambor y del chichikué.

La desolladura se hace en comun. Plantados dos postes, se coloca en cada uno de ellos un cazador,

teniendo suspendidos por las patas traseras dos castores. Al mandato del gefe se abre el vientre de los animales muertos, y se les despoja. Si se encuentra alguna hembra entre las víctimas, la consternacion es grande, pues no solo es un crímen religioso matar las hembras del castor, sino que se reputa como un delito político, y una ocasion de guerra entre las tribus. Esto no obstante, el estímulo de la ganancia, la pasion por los licores fuertes, y la necesidad de las armas de fuego, se han sobrepuesto á la fuerza de la supersticion y al derecho establecido y ha muerto gran cantidad de hembras, práctica que mas ó menos tarde producirá la extincion de su raza.

La caza termina por una comida compuesta de carne de castores, y un orador pronuncia el elogio de los cuadrúpedos muertos, como si no hubiera contribuido á su muerte: recuerda cuanto he dicho de sus costumbres, y alaba su inteligencia y sabiduría: «No »oireis ya, dice, la voz de los gefes que os manda»ban y que habiais escogido entre todos los castores »guerreros para que os dieran leyes. No hablareis ya »en el fondo del lago el lenguaje que saben perfecta»mente los juglares, y no dareis ya mas batallas á las »nutrias que tan cruelmente os persiguen. ¡No, cas»tores! pero vuestras pieles servirán para comprar ar»mas, llevaremos vuestros jamones ahumados á nues»tros hijos, é impediremos que nuestros perros rom»pan vuestros duros huesos.»

Todos los discursos, todas las canciones de los indios, prueban que se asocian á los animales, que les conceden un carácter y un lenguaje, que los consideran como institutores y seres dotados de un alma inteligente. La Escritura muchas veces ofrece al hombre como ejemplo el instinto de los animales.

La caza de los osos, que es la mas celebrada entre los indios, comienza por largos ayunos, penitencias sagradas y festines, y se verifica en invierno. Los cazadores atraviesan caminos espantosos, á lo largo de los lagos y por montañas cubiertas de nieve que oculta completamente sus precipicios. En los desfiladeros peligrosos ofrecen el sacrificio que consideran mas acepto al genio del gran desierto, y consiste en colgar vivo un perro en las ramas de un árbol, y dejarle morir rabiando. Chozas construidas á la ligera les preservan tan malamente del rigor de los hielos, que el que se guarece en ellas se quema por un lado y se hiela por el otro, no teniendo mas recurso para preservarse del humo, que echarse boca abajo con el rostro metido entre las pieles. Los perros hambrientos ahullan desesperadamente pasando y repasando sobre el cuerpo de sus amos, y cuando estos creen tomar un mezquino alimento, algo mas listos que ellos, lo han devorado.

Despues de fatigas inauditas llegan por fin á las llanuras cubiertas de pinares, que sirven de guarida á los osos, y olvidando las fatigas y los peligros, empieza la accion.

Los cazadores, divididos en grupos, abrazan un gran espacio circular colocándose á alguna distancia unos de otros. Situados en los diferentes puntos del círculo, marchan á la hora convenida, en direccion de un rádio que se dirige al centro, examinando cuidadosamente los añosos árboles que en aquel rádio ocultan á los osos, pues el animal es descubierto por la huella que deja su aliento en la nieve.

Así que el indio ha descubierto las huellas que busca, llama á sus compañeros, trepa por el pino, y á diez ó doce piés de altura halla la entrada por la cual ha penetrado el solitario en su celda: si el oso está dormido se le parte la cabeza, y subiendo al árbol otros dos cazadores, ayudan al primero á sacar de su especie de nicho al animal ya muerto, que arrojan á tierra.

El guerrero explorador y vencedor, se apresura á bajar: enciende su pipa, la mete en la boca del oso y soplando por la chimenea del calumet, llena de humo la garganta del cuadrúpedo. Dirige en seguida algunas palabras al alma del finado, y le suplica le perdone su muerte, pidiéndole no le sea adverso en las demás cazas que pueda emprender. Despues de esta arenga, corta la punta de la lengua del oso para quemarla en la aldea, y descubrir por el modo de chisporretear en la llama, si el alma del oso está ó no aplacada.

El oso no siempre se encierra en el tronco de un pino, pues habita frecuentemente en un cubil, cuya entrada cierra él mismo, estando algunas veces tan repleto este eremita, que á penas puede andar aunque haya vivido sin alimento una parte del invierno.

Los guerreros, partiendo de diferentes partes del círculo, y dirigiéndose al centro, se encuentran en él por fin, llevando arrastrando ó persiguiendo su presa, viéndose algunas veces llegar jóvenes salvajes que arrean con una varita un formidable oso, que trota pesadamente por la nieve. Cuando están fatigados de este juego, hunden un cuchillo en el corazon del pobre animal.

La caza del oso, como todas las demás, acaba por un convite sagrado, y la costumbre es asar un oso entero y servirle á los convidados sentados en rueda sobre la nieve al abrigo de los pinos, cuyas ramas están tambien cubiertas de ella. La cabeza de la víctima, pintada de rojo y azul, se coloca en lo alto de un poste, y los oradores la dirigen la palabra, prodigando elogios al muerto mientras devoran sus miembros. «¡Cómo subias á lo alto de los árboles! ¡qué fuerza »en tu musculatura! ¡qué constancia en tus empre»sas! ¡qué sobriedad en tus ayunos! Guerrero de la »poblada piel, en la primavera los oseznos se abrasa»ban de amor por tí. Hoy ya no existes, pero tus des»pojos constituye ahora las delicias de los que los po»seen.»

Frecuentemente se ven sentados en aquellos festines en amable compañía con los salvajes, dogos, osos y nutrias domesticadas.

Los indios contraen, durante esta caza, compromisos que se toman la molestia de cumplir. Juran por ejemplo, no comer hasta haber llevado la pata del primer oso que matarán á su madre ó su mujer, y muchas veces estos objetos queridos se hallan á trescientas ó cuatrocientas millas de la selva donde han cazado la bestia. En este caso se consulta al juglar, el cual por medio de un presente, arregla el negocio, y los imprudentes que pronuncian estos votos, están libres de ellos, quemando en honor del Gran-Liebre la parte del animal que habian reservado á sus parientes.

La caza del oso termina hácia fines de febrero, empezando en esta época la del danta, del cual se encuentran grandes manadas en los viveros de abetos.

Para cogerlos se cierra un terreno considerable en dos triángulos de igual medida, formados por estacas altas y apiñadas. Estos dos triángulos se comunican por uno de sus ángulos, y en la abertura se ponen lazos. La base del triángulo mayor queda abierta, y los guerreros se colocan en ella formando una sola línea. Empiezan la batida avanzando y dando grandes gritos, y tocando una especie de tambor. Los dantas huyen hácia el cercado cerrado por las estacas, y buscando en vano una salida, llegan al sitio fatal donde quedan envueltos en las redes. Los que logran saltarlas se precipitan en el pequeño triángulo, donde fácilmente son atravesados á flechazos.

La caza del bisonte se verifica durante el estío en las sábanas que costean el Misuri ó sus afluentes. Los indios baten la llanura echando los ganados hácia la corriente del agua. Cuando los bisontes resisten la huida, los salvajes prenden fuego á las yerbas, y los animales quedan encerrados entre el incendio y el rio: en este caso millares de estas pesadas bestias atra-

viesan las llamas ó las ondas, mugiendo á un tiempo; pero caen al fin alcanzados por la bala ó el venablo, ofreciendo un espectáculo admirable.

Los salvajes emplean aun otros medios de ataque contra los bisontes, pues ora se disfrazan de lobos con el fin de reunirlos, ora atraen las vacas imitando el mugido del toro. En los últimos dias de otoño, cuando los rios apenas se han helado, dos ó tres tribus reunidas dirigen los ganados hácia aquellos rios. Un sioux, vestido con la piel de un bisonte, atraviesa el rio por el delgado hielo; los bisontes engañados le siguen, y roto el frágil puente, por el peso enorme de las bestias, se matan unos á otros en medio de aquellas ruinas flotantes. En estos críticos momentos los cazadores hacen uso de la flecha: el tiro mudo de esta arma tiene la ventaja de no espantar la caza, y la saeta es lanzada por el arquero cuando el animal está abatido. El mosquete no ofreceria resultado, pues hay pérdida y ruido en el uso del plomo y la pólvora.

Uno de los cuidados mas especiales del cazador es atacar al bisonte por la parte que no toma viento, pues de no hacerlo así percibiria la aproximacion del hombre á larga distancia. El toro herido suele volverse contra el que le hiere, y defiende con tal empeño á la becerra, que muere muchas veces por ella.

Los sioux errantes en las sábanas situadas en la orilla derecha del Misisipí, desde las fuentes de este rio hasta la cascada S. Antonio, crian caballos de raza española, con los cuales hacen salir á los bisontes de sus madrigueras.

Algunas veces tienen singulares compañeros en esta caza, y son los lobos, que colocados á retaguardia de los indios, se aprovechan de sus restos, apoderándose de las terneras extraviadas á favor de la confusion.

Con mucha frecuencia cazan estos lobos por su propia cuenta, y en este caso, tres de ellos entretienen á la vaca con sus juegos; mientras esta, sencillamente atenta, observa las trubanerias de aquellos traidores, un lobo oculto en la yerba la agarra por las mamas; al sentirse asida vuelve la cabeza para desembarazarse de aquella molestia, y entonces los tres cómplices del brigante se la cuelgan á su garganta.

En el teatro de aquella cacería se ejecuta algunos meses despues una caza no menos cruel, pero mas pacífica: la de las palomas, que se cogen durante la noche á la luz de un hachon en los árboles aislados donde reposan durante su emigracion de Norte á Mediodia.

La vuelta de los guerreros por la primavera es una fiesta solemne cuando la caza ha sido buena. Buscánse entonces las canoas, adobáselas con grasa de oso y resina de terebinto; se embarcan las peleterías, las viandas ahumadas, y los bagages, y se entregan á las corrientes de los rios, cuyas vertientes rápidas y cataratas, desaparecen por la crecida de las aguas.

Cuando los cazadores se aproximan á las poblaciones, un indio, saltando á tierra, corre á advertir á la nacion de la proximidad de los guerreros, y entonces las mujeres, los niños, los viejos y los guerreros que habian quedado en las cabañas, se trasladan al rio. Al descubrir la flota, todos la saludan con un grito de alegría, que es repetido por la tripulacion, y las piraguas cambiando el órden de marcha, deshacen la fila en que venian marchando y uniendo bordo con bordo presentan la proa. Los cazadores saltan á la ribera, y entran en las aldeas en el mismo órden observado á su salida, cantando cada indio en el lenguaje que le es propio: «Es necesario ser hombre para atacar á »los osos, como yo lo he hecho; es necesario ser hom»bre para traer pieles como las que traigo y víveres »en tanta abundancia.» Las tribus aplauden, y las mujeres les siguen conduciendo el producto de la caza.

Las pieles y las viandas se distribuyen en la plaza pública, y encendido el fuego del retorno, se arrojan á él los picos de las lenguas de los osos: si son carnosas y chascan bien, es el augurio mas favorable; pero si son secas y se queman sin producir el menor ruido, la nacion está amenazada de alguna desgracia.

Despues de la danza del calumet, se sirve el último convite de la caza, que consiste en un oso traido vivo de la selva: ponésele á cocer entero con la piel y las entrañas en una enorme caldera, siendo de rigor no dejar nada de él, pero tampoco romper sus huesos, costumbre tomada de los judios. Tambien es preciso beber hasta la última gota del agua en que ha hervido, y si el estómago de algun salvaje rechaza el alimento, está obligado á llamar en su auxilio á sus compañeros. Este festin dura ocho ó diez horas, y los comensales salen de él en un estado lamentable, pagando algunos con su vida el horrendo placer que impone la supersticion. Un saquem cierra la ceremonia, diciendo:

»Guerreros, el Gran-Liebre ha mirado nuestras »flechas; habeis mostrado la sabiduría del castor, la »prudencia del oso, la fuerza del bisonte y la viveza »del danta. Retiraos y pasad la luna de fuego en la »pesca y los juegos.» Este discurso se termina por un OAH! grito religioso repetido tres veces.

Las bestias que proporcionan á los salvajes las peleterías son: el tejon, el zorro gris amarillo y rojo, el *pecan*, el *gopher*, el *racoon*, la liebre gris y blanca, el castor, el armiño, la marta, la rata almizclada, el gato montés ó carcajú, la nutria, el lobo cerval, la bestia fétida, la ardilla negra, gris y rayada, el oso, y el lobo de muchas especies.

Las pieles curtidas se extraen del danta, llama, oveja de la montaña, cabra, gamo, ciervo y bisonte.

LA GUERRA.

Entre los salvajes todos llevan las armas, hombres, mujeres y niños: pero la masa de los combatientes se forma del quinto de cada tribu.

La edad legal del servicio militar es de quince años, y la guerra es el gran negocio de los salvajes y el fondo completo de su política; esto no obstante, la guerra es algo mas legítima que entre los pueblos civilizados, puesto que casi siempre es declarada en pro de la existencia misma del pueblo que la emprende, y por su medio se trata de conservar paises de caza ó terrenos propios para el cultivo. Pero, por la misma razon de que el indio no se aplica al arte que le da la muerte, sino para vivir, resultan furores implacables entre las tribus, porque es el alimento de la familia el que se disputa. Los odios concluyen por ser individuales, y como los ejércitos son cortos y cada enemigo conoce el nombre y el rostro de su contrario, el encarnizamiento de la lucha es aun mayor, porque el combate se encona por las antipatías de carácter y por los resentimientos particulares, descubriéndose en las querellas de estos hijos del desierto, algo del carácter de animosidad que distingue las turbulencias civiles.

A esta primitiva y general causa de guerra, entre los salvajes, se suelen mezclar otras razones de alarma producidas por algun motivo supersticioso, algunas disensiones domésticas ó algun interés comercial de los europeos. Así pues llegó á ser motivo legítimo de guerra entre las hordas americanas del Norte, la muerte de las hembras de los castores.

La guerra se anuncia de una manera extraordinaria y terrible. Cuatro guerreros pintados de negro desde la cabeza á los piés, se deslizan en medio de las mas profundas tinieblas en el pueblo amenazado; llegados á las puertas de las cabañas, arrojan en el hogar un

rompe-cabezas pintado de rojo, y en cuyo mango estan marcados con signos conocidos de los saquems, los motivos de las hostilidades: los primeros romanos lanzaban una javelina hácia el terreno enemigo.

Estos heraldos de las armas indias desaparecen inmediatamente en la oscuridad de la noche á manera de fantasmas, dando el famoso grito de guerra *woop*, que se forma apoyando una mano en la boca y golpeando los labios, de modo que el sonido tembloroso que de ellos se escapa, ora sordo, ora agudo, termina por una especie de rugido de que es imposible formarse idea.

Denunciada la guerra, si el enemigo es demasiado débil para sostenerla, huye, y si se siente fuerte la acepta, comenzando inmediatamente los preparativos y ceremonias acostumbradas.

Enciéndese un gran fuego en la plaza pública, y la caldera guerrera colocada sobre la hoguera, es la marmita del genízaro. Cada combatiente echa en ella algo de lo que le pertenece, plantándose además dos postes donde se suspenden flechas, rompe-cabezas y plumas, todo pintado de encarnado. Los postes se colocan al septentrion, al oriente, al mediodia ó al occidente de la plaza pública, segun el punto geográfico de donde ha de venir la guerra.

Hecho esto, se presenta á los guerreros la *medicina* de la guerra, vomitivo violento desleido en dos azumbres de agua, que es forzoso beber de un trago. Los jóvenes se dispersan por la cercanías, pero sin apartarse demasiado, y el gefe que debe mandarlos, despues de haberse frotado el cuello y el rostro con grasa de oso y carbon molido, se retira á la estufa donde pasa dos dias enteros sudando, ayunando y observando los sueños. Durante estos dos dias es prohibido á las mujeres acercarse á los guerreros; pero sí pueden hablar con el gefe de la expedicion, á quien visitan con el objeto do obtener una parte del botin hecho al enemigo; porque los salvajes nunca dudan del éxito feliz de sus empresas.

Las mujeres llevan diferentes presentes que depositan á los piés del gefe, quien cuenta con granos ó conchas las súplicas particulares: una hermana reclama un prisionero que reemplace á un hermano muerto en los combates; una matrona exige cabelleras para consolarse de la pérdida de sus parientes; una viuda requiere á un cautivo por marido, ó á una viuda extranjera para esclava; y una madre pide un huérfano que sustituya al hijo que ha perdido.

Pasados los dos dias de retiro, los jóvenes van á ver á su vez al gefe de la guerra, y le declaran el designio de tomar parte en la expedicion; porque aunque el consejo haya resuelto la guerra, esta resolucion no obliga á nadie, siendo el compromiso puramente voluntario.

Todos los guerreros se pintarrajean de negro y encarnado, y del modo mas á propósito, á su juicio, para espantar al enemigo. Unos se pintan barras longitudinales ó transversales en las mejillas; otros manchas redondas ó triangulares; y otros en fin, se trazan figuras de serpientes. El pecho descubierto y los brazos desnudos de un guerrero ofrecen la historia de sus hazañas; ciertas cifras particulares expresan el número de cabelleras que ha arrebatado, los combates en que se ha hallado, y los peligros que ha corrido. Los geroglíficos impresos en la piel con puntos azules, se perpetúan eternamente, quemando las picaduras finísimas que los constituyen con la goma del piño.

Los combatientes, completamente desnudos ó cubiertos solo con una túnica sin mangas, adornan con plumas el único mechon de pelo que conservan en la parte superior de la cabeza. Su cinturon de cuero ostenta el cuchillo para cortar los cráneos, y el formidable rompe-cabezas; y en la mano derecha llevan el arco ó la carabina; en el costado izquierdo de la espalda ostentan el carcaj guarnecido de flechas ó el cuerno lleno de pólvora y balas: no de otro modo los cimbros, teutones y francos, procuraban aparecer formidables á los ojos de los romanos.

El gefe guerrero sale por fin de la estufa con un collar de porcelana roja en la mano, y dirige este discurso á sus hermanos de armas: «El Gran-Espíritu abre mi »boca. La sangre de nuestros deudos muertos en la »última guerra, no se ha enjugado aun; sus cuerpos »permanecen todavía insepultos; necesario es preser»varlos de los insectos. Yo he resuelto marchar por la »senda de la guerra: he visto osos en mis sueños; los »buenos manitús me han prometido asistencia, y los »malos no me serán contrarios; iré pues á comer »los enemigos, á beber su sangre y á hacerlos prisio»neros. Si perezco, ó alguno de los que consienten se»guirme pierde la vida, nuestras almas serán recibidas »en la mansion de los espíritus; nuestros cuerpos no »permanecerán tendidos en el polvo ó en el lodo, por»que este collar rojo será el premio del que cubrirá á »los muertos.»

El gefe tira el collar al suelo, y los guerreros mas afamados se apresuran á levantarlo; los que no han combatido aun ó no se han distinguido sobre los demás, no se atreven á disputar el collar; pero el guerrero que consigue levantarlo ocupa el puesto de lugarteniente general del gefe, y le reemplaza en el mando, si este perece en la expedicion.

El guerrero poseedor del collar pronuncia un discurso, y despues traen agua caliente en un vaso. Los jóvenes lavan con ella á su gefe y le quitan el color negro de que está cubierto, para pintarle las mejillas, la frente y el pecho con gredas y arcillas de diferentes colores, revistiéndole con las mejores ropas.

Durante esta ovacion, el gefe canta á media voz aquella famosa cancion de muerte que se entona cuando se va á sufrir el suplicio del fuego:

«Yo soy bravo é intrépido, y no temo la muerte; »me rio de los tormentos; ¡cuán cobardes son los que »los temen! ¡son mujeres, menos que mujeres! ¡que la »rabia ahogue á mis enemigos! ¡pueda devorarlos y »beber hasta la última gota de su sangre!»

Cuando el gefe concluye la cancion de muerte, su lugar-teniente general empieza la cancion guerrera:

«Combatiré por la patria; arrebataré cabelleras; »beberé en el cráneo de mis enemigos, etc.»

Cada guerrero añade á su cancion detalles mas ó menos atroces, segun su carácter. Los unos dicen: «Cortaré los dedos de mis enemigos con los dientes; »les quemaré los piés y en seguida las piernas.» Otros dicen: «Dejaré que los gusanos se introduzcan en »sus llagas; les quitaré la piel del cráneo; les arran»caré el corazon y se lo introduciré en la boca.»

Estas canciones infernales solo eran pronunciadas por las hordas septentrionales, pues las tribus del Mediodia se contentaban con ahogar en humo á los prisioneros.

Repetida por el guerrero su cancion bélica, entonaba su cancion de familia, que consistia en el elogio de sus antepasados. Los jóvenes que van al combate por la primera vez guardan silencio.

Terminadas estas primeras ceremonias, el gefe pasa al consejo de los saquems, que están sentados en rueda con una pipa roja en la boca, y les pregunta si persisten en querer levantar el hacha. Desde este momento empieza la deliberacion, y casi siempre se confirma la primera resolucion. Entonces el gefe de guerra vuelve á la plaza pública y anuncia á los jóvenes la decision de los ancianos que es acogida por un grito de los primeros.

Desátase el perro sagrado que se habia atado á un poste, y se le ofrece en sacrificio á Areskcoui, dios de la guerra. Las naciones canadienses deguellan un perro, y despues de haberle hecho hervir en una caldera, se sirve á los guerreros. La asistencia de las mujeres está prohibida á este festin misterioso, y al final del